

mos la oreja; París, á sus amigos los pone de moda, los hace dueños del tocador y árbitros de la elegancia. Tiene que defender el cetro del buen gusto, porque Inglaterra se lo está arrebatando: Inglaterra, en la actualidad, es más *vlan* que Francia: empezó por cortar mejor la ropa de hombre, siguió por vestir deliciosamente á los mocosos ó *babies*, apoderóse luego de las *girls* ó muchachas semi-casaderas, y ya ha puesto su silla en todas partes, en el traje, en el nobiliario, en la decoración de las habitaciones, en el modo de servir las mesas y hasta en los juegos. Sólo le queda á Francia un dominio propio: la indumentaria femenina, en la edad de agrado. Mientras la mujer, sin saberlo ó á sabiendas, aspira á arañar y turbar los corazones, se viste á la francesa, y trae de París ó siquiera de Francia los moños y los pingos. La moda parisiense lleva más malicia que la de Londres; tiene intención, coquetería, y por decirlo así, *literatura*. Este año, y sabe Dios si el que viene, las corrientes literarias de la moda serán eslavas; el terreno está preparado, porque desde 1881 los bárbaros vienen apoderándose insensiblemente de París.

El pueblo ruso atesora elementos pintorescos capaces de refrescar la imaginación exhausta ya de los modistos, que no saben á qué santo encomendarse para discurrir algo inédito. En esto se parecen la arquitectura y la moda actuales: no tienen carácter propio: necesitan echar mano de otras épocas, repetir modelos de antaño. ¿Le encargan al arquitecto una iglesia? Reproduce un templo bizantino del XII ó una flecha ojival del XV. ¿Se trata de un palacio? Allá va el estilo del XVI. ¿Una plaza de toros? El mudéjar. ¿Una fuente monumental? Recurre á alguna de las *aguas* romanas, y tan campante. — Lo propio el modisto. Buscando la novedad consulta lo más viejo: las estampas arcaicas, los cuadros de los pintores primitivos, los figurines de la modista de María Antonieta. No se quebrará los cascos, no: ahí están Ana de Austria y madama de Pompadour para sacarles de apuros. Así una mujer contemporánea parece á veces que se ha desprendido de un lienzo de Rubens, de una tabla de Mieris ó Terburg ó de una acuarela de Lancret. El arte infesta los talleres de modas; á bien que el taller de modas suele meterse en el de los artistas; retratos y esculturas conozco que son figurines.

El estilo ruso entró en las costumbres francesas, y después en las europeas, llevado de la mano por la literatura. Hay que reconocer en Francia esta excelente condición: que es hospitalaria y que no se desdén de aprender nunca: su espíritu, abierto y claro, allí está como un espejo para reflejar la belleza, sin preguntarle si es morena ó blonda, tropical ó boreal. La literatura rusa parecía lo más apuesto á la estética francesa: así y todo, ha encontrado abiertos los brazos, francos los corazones y esa comprensión y esa tolerancia que tanto dicen en favor de la cultura de un pueblo. Si bien se mira, *comprender* es función natural de la gente culta. La *incomprensión* da la medida exacta del atraso y la barbarie. Ved el efecto que produce en una aldea el oír pronunciar una lengua extranjera: la risa estúpida, el grosero asombro de los patanes ante aquellos sonidos á que no están habituados. Notad, en los que viajan sin poseer nociones de tolerancia internacional, el enojo y el despecho que les causa que las cosas no sean ni se llamen allí como son y las llamamos aquí. Una señora conocida mía, que había varado en París, no pudo avenirse nunca á que en la lista de la lavandera francesa los calzoncillos se llamasen *caleçons*. «Paso que las enaguas sean *jupons*, aunque me suena bastante mal; paso que á las chambras les digan *camisoles*, y no negaré á usted que es muy raro; pero á los calzoncillos *caleçons*! No transijo con eso.» En medio de la risa que me causaba la extravagante manía de la excelente señora, no pude menos de pensar que como ella discurren millares de personas al parecer sensatas. Nuestros vecinos, en este particular, están muy adiestrados. No haya miedo de que se sorprendan ó extrañen de ningún habla ni de ninguna costumbre forastera. Al contrario, saben acogerlas con simpatía. No improvisan recibimientos como el del zar, sino que los preparan largo tiempo, por medio de una asimilación gradual y complaciente: como los romanos (que jamás llegaron á mayor altura en el simbolismo), tienen abierto el Panteón, donde acogen los ritos, las creencias, las supersticiones de los demás pueblos. Países hay muy hospitalarios para el cuerpo, donde siempre es mal acogida el alma. Los franceses saben dar hospitalidad al alma de las naciones.

Hace años ya que se familiarizaron los parisienses con el alma rusa. La literatura terció en esta unión; los libros fueron los galeotes; pero había raíces muy viejas de aspiraciones á alianzas: era inolvidable la entrevista de Tilsitt, sueño efímero, que tuvo por despertar el incendio de Moscou, la formidable retirada por entre los hielos de las estepas, y la caída del

imperio napoleónico, á la cual también por acá ayudamos. En aquel entonces Napoleón deseaba la alianza rusa para hacer polvo á Inglaterra: hoy la quiere Francia para erigirse retadora ante Alemania. A principios del siglo — ¡increíble parece que no hayan transcurrido más que ochenta y tantos años desde estos fantásticos sucesos! — Alejandro y Napoleón no se contentaban con menos que repartirse el mundo. La república de 1896 no pide tanto... Que pueda recobrar á la aldeanita del lazo de terciopelo negro sobre las trenzas doradas, y se dará por satisfecha... al menos durante algunos meses.

Entretanto vestirán á la rusa las señoras, y las pieles se impondrán. Y aparte de todos los recuerdos históricos y de todas las combinaciones políticas, ¿no son muy lindas las pieles? En primer lugar, tienen un abolengo bien ilustre: con pieles se vistió por primera vez el género humano. Supongo que no estarían curtidas, porque no se conocían aún los procedimientos de la tenería, y las ropas de Adán y Eva debían de oler mal á pocos días de desolladas. Hoy, que se curte tan divinamente (desde que Nerunco enseñó este útil arte á los moradores de la industria Sidón), no podemos comprender abrigo más dulce que el de piel, que desarrolla una atmósfera tan suave alrededor del cuerpo. Hasta las regiones hiperbóreas se adelantan los atrevidos cazadores persiguiendo á los animales que tienen la desgracia de deber á la naturaleza una hermosa vestidura. No proceden de Rusia, sin embargo, algunas de las pieles que hoy se estiman y usan más: la elegante chinchilla, esa preciosa rata tan bien vestida de gris plateado, se caza en Bolivia y en el Perú; en cambio la reina de las martas, la fina marta cebellina tan ensalzada por Cervantes, sólo la encontraríais en la península de Kamschatka, y anda tan retraída, que cada día es más cara su rica piel color de avellana, halagadora y eléctrica al tacto como una cabellera bien peinada y copiosa de mujer rubia. Hacia Rusia hay que buscar también al zorro azul, á la bonita liebre polar, al castor arquitecto y al armiño, el del heráldico pelaje, aquél todo poesía, de quien hemos hecho el emblema de la pureza, aunque sólo es blanco é inmaculado en invierno, y su extraña metamorfosis de verano podría dar que pensar, haciendo de él más bien el símbolo de la hipocresía, revestida ante el público de apariencias candorosas.

No hay adorno más magnífico y señorial que las pieles. Lástima que anden tan baratas las imitaciones del *petit gris* y hasta de la marta; lástima que el conejo, y el gato, llamado festivamente *nutria de buhardilla*, quieran remedar los delicados aforros de nutria verdadera y de legítimo castor. Una piel ordinaria es como un encaje mecánico: más valdría prescindir de ese falso y triste lujo. Las pieles malas hasta no abrigan. Mas no hemos de suponer que, en Rusia misma, las pieles ricas no son un lujo. Si tal creyéramos, nos pondríamos al nivel de aquel inglés chusco y cándido, que entendía que en España el *sherry* era la bebida usual de las clases jornaleras. No: en Rusia el zorro azul, la marta cebellina y el armiño andan por las nubes, y los pobres *mujisk* ó labriegos se honran con la *tulupa*, que es buenamente pellejo de borrego, curtido como Dios les da á entender, y por consecuencia, apestoso.

Es increíble lo que el contacto de Francia con Rusia ha influido en el consumo de la peletería. En mi niñez recuerdo que llamaba la atención una señora con pieles. (Con pellejo sano no las había ni ahora ni entonces, porque la murmuración es más antigua que las modas rusas.) La que se permitía el derroche de poseer una *palatina*, especie de rodona corta, muy desgraciada por cierto, la sacaba sólo los días de repique gordo y la custodiaba bajo fanal. Hoy las chaquetas de nutria de mil y dos mil pesetas de coste no llaman la atención; y á la salida de los bailes quizás veis entreabrirse sobre un escote desnudo de burguesa el largo capote forrado de imperial armiño...

Este invierno, más que nunca, estarán en favor las pieles, y también las gorras moscovitas, los boas, los samovares, los trajes rígidos, como los que llevan los *iconas* ó imágenes bizantinas, las diademas altas, y ¿quién sabe si la gallarda *troika*? Me sorprendería que alguna de esas Frinés parisienses, que tienen imaginación, no saliese al Bosque en *troika*, muy envuelta en tiras de zorro azul, con los tres caballos blancos, el de en medio trotando y los de los lados galopando, con campanillas de plata, y el cochero vestido de terciopelo, luciendo la roja camisa y las altas botas, la barba color de lino, la tez blanca y rosada, los ojos fríamente azules — de los cocheros eslavos, — y por fondo de la decoración los árboles salpicados de nieve, y el lago inmóvil, preso en cárcel de cristal, convidando al raudo patinaje.

EMILIA PARDO BAZÁN

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

(Á LA RUSA)

París se ha portado como quien es en la recepción de su agosto huésped. Ese pueblo gasta, cuando se le pone entre ceja y ceja, mucha sal y no poco arte. Nunca se le frustra nada; ni los festejos ni las revoluciones. La misma maña se da á obsequiar monarcas que á descabzarlos. Así tiende guirnalda de finos farolillos de colores, como enciende los sediciosos *lampions* ó cuelga de la *lanterne* á los aristócratas, dándoles una música, por cierto bien distinta del himno al zar. París tiene nervios de mujer, y por eso, de la noche á la mañana (¿qué es un siglo sino un día de las naciones?) se transforma y pasa de rugiente calcetera de la guillotina á *ingenue* vestida de blanco que, deslizándose por el Sena á bordo de engalanada embarcación, presenta un ramillete de flores raras al que sus abuelos llamarían *tirano del Norte*...

El joven y simpático tirano — los tiranos podría decir, porque Nicolás de Rusia se trajo á su *tirana* y hasta á una *lobeznilla* encantadora de pocos meses, — habrá llevado recuerdos muy gratos de la ciudad regida, vuelta para él en mansa paloma monárquica y leal. Los soberanos rusos dieron una prueba de valor entregándose á la muchedumbre, y la muchedumbre correspondió á la confianza de la imperial pareja suprimiendo toda broma pesada, bombas explosivas y otros excesos. Nada turbó la alegría; ningún desesperado quiso inmortalizarse al estilo de Eóstrato, cometiendo una barbaridad muy gorda; y hoy la superficie de París, alborotada por el paso del huésped, empieza á serenarse, como un lago suizo después de la tormenta.

Sin embargo, no creáis que París al apagar las luces y cerrar las ventanas, como se hace en un palacio suntuoso después de un sarao, se olvida del héroe de la fiesta, ni borra la impresión de la honra recibida. Vamos á tener este año una invasión del gusto ruso en todo y por todo. Apicio, cuando su cocinero le acertaba con el paladar, le enviaba de regalo un plato de oro; nosotros, si un torero se porta bien, le da